

*Para mis amigos
(a mis perros)*



por
María Olmedo Soler

Editorial Mos

@ María Olmedo Soler

Todos los derechos reservados

Para mis amigos (a mis perros) I

1986-1994

No voy a hablar de personas, pero sí de unos seres muy queridos para mí. Voy a hablar de una parte de mi familia, de una parte de mi vida. Y lo escribo a veces con una sonrisa en los labios y otras veces con lágrimas en los ojos. Pero siempre con un cariño que no sé si podré expresar con simples palabras.

MARZO 1986. Wolk y Wind

Yo tenía diez años por aquel entonces. Vivía en una gran familia en una casa no tan grande, de modo que decidimos cambiarnos de casa. Como siempre trae la primavera nuevas vidas al mundo, nos trajo ese año a Wolk y Wind. Nos regalaron los dos pastores alemanes unos conocidos de mis padres según creo; uno de ellos, desde luego, no pensábamos quedárnoslo. Nuestra intención inicial era dárselo a mis primos. Pero al final nos quedamos con los dos.

Eran los primeros perros que teníamos desde que desapareció Set, un precioso setter irlandés que nos robaron un día en el Retiro, cuando sólo tenía dos años de edad.

El nombre de los perros no fue fácil. Empezamos por las típicas búsquedas entre parejas famosas como Epi y Blas, Jacky y Nuca,... Hasta que Antonio apareció con un diccionario de alemán y dos nombres preciosos: Wolk (nube) y Wind (viento).

Wolk fue siempre un poco delicado de salud, y ya de cachorro tuvo gusanos en el estómago. Decíamos de los dos: Wind es malo porque está bueno, Wolk es bueno porque está malo. De todos modos, Wolk siempre fue el más bueno, serio y tranquilo, aparentando siempre ser el mayor de todos.

En mayo de ese mismo año nos mudamos a Fuente del Fresno, una urbanización en el campo donde perros y personas viviríamos muy felices.

Los perros crecieron rápidamente. El aspecto de Wolk será siempre como de "persona" adulta, muy tranquilo; de pelo largo y, como yo decía, podría haber sido de exposición si no hubiera sido siempre tan enfermizo. Wind, por el contrario, era como el de un niño pequeño, regordete y juguetón. Siempre fue gordito, y a pesar de ser tan grandote, se te pegaba a las piernas para que le hicieras caricias, lo mismo que un gato. De modo que Wolk pasó a ser mi leoncito, siempre tumbado tranquilo pero siempre vigilante, y Wind mi gatito (gigante).

Como dije, Wolk estuvo siempre muy delicado; yo siempre creí que sería el que moriría primero. Durante un tiempo le dio algo que podía ser ataques epilépticos. Durante unos minutos, empezaba a temblar y se escondía debajo de lo primero que encontraba. No podremos saber qué era exactamente, porque cuando una vez lo llevamos al veterinario, nos dijeron que debíamos llevarlo en el momento en que le daban los ataques, pues si no podían saber lo que era. Y es que hay gente un poco tonta.

Aparte de eso, siempre tuvo problemas de huesos. Dicen que los pastores alemanes son propensos al reuma y delicados de huesos. Imagino que a Wind le resguardaba toda la grasa que tenía, pero Wolk desde joven empezó a mover las patas traseras con dificultad, especialmente cuando hace frío o hay humedad.

Ya no volvimos a tener otro animal como los hámsters o galápagos que teníamos viviendo en la ciudad. Pero sí tuvimos visitas pasajeras, como el canario al que llamé Vivaldi, y algún cachorrito de perro o gato que cuidábamos un par de días hasta encontrarles dueño.

En la primavera la urbanización se llena de gatitos que se encuentran por las casas, matorrales y cualquier rinconcito resguardado. Un año nos encontramos una camada de gatitos sin madre y nos hicimos cargo de ellos. Tras ocuparnos de su alimentación, tratamos de buscarles un hogar; cuando sólo quedaban dos pensamos llevarlos a casa hasta encontrarles una casa. A pesar de las precauciones, mis perros consiguieron entrar en la habitación donde estaban los gatitos y mataron a uno. El otro se salvó metiéndose en mi casa de muñecas. No podré olvidarlo nunca pues yo fui la primera en encontrarlos cuando bajé a la habitación después de ver en la tele Fragel Rock. Mis hermanos enterraron el gatito en el solar que había frente a mi casa. Pero no podría echarles la culpa ni pegarlos por ello una vez pasó todo, al fin y al cabo, nunca se nos ocurriría regañarles por todas las ratas que han matado en el jardín.

Al último gatito de la camada pronto le encontraríamos un hogar.

MARZO 1990. Barry

Wolk y Wind ya tenían cinco años cuando llegó un nuevo miembro a la familia. Como todos los años, la primavera había traído nuevas familias de gatos y también de perros a la urbanización. Yo siempre había querido un perro con el que poder ir de paseo, llevármelo a Valencia -sólo lo pude hacer con los pastores alemanes el primer año, y a la vuelta apenas cabían ya en el coche-. Así que cuando unos amigos de la urbanización nos ofrecieron un cachorro de los que tenían -dos perras con cinco y nueve perritos cada una-, mis padres lo aceptaron.

Y así entró Barry en nuestras vidas. De padre setter gordon y madre, medio setter medio quién sabe qué, se convirtió en un perro igual que su padre, Rocky, famoso juerguista y donjuan, con hijos por toda la urbanización. Cogimos otro cachorro también para unos primos que, sin saberlo, le pusieron a su perro el nombre de su padre, Rocky.

Barry, tras el primer momento de lloros por su parte y de desconfianza por parte de los pastores alemanes, se convirtió en la alegría de la casa. Es gracioso cómo los perros grandes pueden tener tanto miedo a un cachorrito, igual que los hombres parecen tener siempre miedo ante esa cosa rara y preciosa que es un bebé.

Si Wind era un Gato y Wolk un león, Barry fue una rata negra y grande que le encantaba jugar con los grandes, más que al perro y al gato, al gato y al ratón. Suave, de pelo largo y negro con una pequeña mancha blanca en el pecho y en una pezuña, era maravillosamente bueno cuando quería mimos o comida, y se convertía en un diablillo el resto del tiempo. Pronto aprendió a abrir las puerta de la casa, por lo que teníamos que dejarlas cerradas con llave. En cuanto a la jaula, era casi imposible meterle en ella si se daba cuenta de hacia dónde le llevabas -eso sí, si veía la manguera o algún bote de spray en tus anos, era el primer sitio al que iba-. Además, tras arreglar mil veces los agujeros que conseguía hacer en la reja, de poner cemento en su base para que no pudiera escarbar y atar la puerta con cuerdas para que no pudiera correr el cerrojo, tuvimos que aceptar que no podríamos encerrarle nunca cuando encontró una salida más fácil: saltar la verja de metro y medio de la jaula.

De todos modos, en el fondo mis perros no necesitaban ser encerrados. Imponían mucho cuando se lanzaban los tres contra la valla para ladrar a todo lo que pasara junto a la casa o a quien se acercara a la puerta. Sin embargo, si la persona extraña entraba en la casa, cuando algún Olmedo iba a abrirle la puerta, enseguida dejaban de ladrarle y se limitaban a olerle o directamente pasaban de él. Aunque no digo que nunca mordieran a nadie, fue sólo en un par de ocasiones, siendo aún jóvenes, y nada de importancia.

Es gracioso ver lo bien que se habían educado ellos solos. Por ejemplo, cuando a veces les dejábamos la puerta de la calle o la que daba al campo abierta para que diesen un paseo y regasen los árboles, y veían aparecer gente, o caballos, por ejemplo, enseguida se metían en casa, y a través de la verja les ladraban.

Eso sí, Barry en el fondo era un miedoso. Los pastores alemanes tenían miedo a los cohetes y petardos como casi cualquier perro, pero se acostumbraron a ellos. Todavía recuerdo la primera vez que perdimos a Wind tras unos petardos en las fiestas del pueblo, y tras mucho buscarle apareció por fin bajo la mesa del escritorio de mi hermano. Barry sin embargo era muy sensible a estas cosas, pero principalmente a las tormentas. A menudo nos avisaba de la cercanía de una de ellas, o incluso de tormentas que ni siquiera llegaríamos a ver u oír. Por suerte, esto sólo le pasaba en verano, claro, la época de las tormentas. Pero cuando le ocurría, era horrible. Estábamos todos tranquilos y de pronto

oíamos a Barry intentando abrir la puerta del comedor o la de la cocina, que en esa época solemos tener cerradas con llave. Si no podía entrar por allí, trataba de entrar por una ventana de la cocina subiéndose a una mesa junto a ella y de ahí al alféizar de la ventana, y si por ahí la ventana estaba cerrada, trataba de colarse por la ventana del comedor, que en verano suele estar siempre entreabierta. Esta es una doble ventana corrediza, y cuando veíamos a Barry así solíamos juntarlas lo más posible y bajar la persiana. Pero cuando Barry está nervioso no hay quien le detenga, y un día llegó a abrir con el hocico las dos ventanas casi juntas del todo y a levantar la persiana para colarse por abajo. Tal vez tuviese algún otro medio de entrar, el caso es que a menudo y sin que nadie se diese cuenta, Barry aparecía en la escalera que daba al cuarto de juego acurrucadito, y como la escalera está a oscuras, pasa desapercibido, tanto que una vez llegué a pisarle sin darme cuenta de que estaba allí. Y por supuesto, la única forma de sacarle de allí es esperar a que salga solo, o cargarle como un saco de patatas.

Así pasaba el tiempo y los perros se hicieron mayores. El que más disfrutaba con los perros y los llevaba de paseo era Carlos, pero todos en general nos divertíamos con ellos. Yo disfrutaba bañando a Barry en verano, y aunque él no disfrutaba nada del baño, luego se encontraba tan a gusto, húmedo y fresquito, que no había quien le parara. Claro que a veces le bañaba cuando no debía, como aquella vez en que le di una ducha justo cuando acababan de poner el mantillo en el césped, y a mi perro le encanta revolcarse sobre la hierba tras el baño. No necesito decir cómo olía luego.

En lo que se refiere a Wolk y a Wind, era muy difícil bañarles pues, mientras eran muy obedientes en lo que se refería meterse en la jaula, no había forma de llevarles al césped para lavarles. Era imposible mover al enorme Wind, y lo mismo Wolk, quien además cogías con miedo de hacer daño por ser tan delicado. Barry al menos en eso era fácil de sujetar y arrastrar. Pero eso sí, si bañabas a uno, era muy difícil que pudieras bañar al resto, que ya se habría ido a esconder a cualquier rincón al otro lado de la casa.

En cuanto a sacarles de paseo, ya he dicho que a Wolk y Wind era imposible si no era por el campo, y allí iban por libre. Además a mí me apetecía pasear con ellos por la calle. Barry si salía por la calle, pero a él sí que no se le podía sacar de paseo. Si le llevabas con la correa, empezaba a saltar y a retorcerse y trataba de volver a casa. Si le sacabas sin cadena, enseguida salía corriendo y no volvías a verle hasta un buen rato después.

Este último verano empecé a hacer algo con él. Daba paseos en bici hasta la iglesia con Barry detrás siguiéndome. Era estupendo, y decidí que lo haría a menudo. Claro que yo la bici sólo la cojo en verano.

MARZO 1994. Moi. Wind. Roi.

Yo ya tenía 19 años, terminaba mis estudios de secretariado, y me tomaba la vida con filosofía. Wolk y Wind cumplieron nueve años, y mientras Wolk seguía con su aspecto serio de hermano mayor, Wind se dedicaba a jugar con Barry como si fueran dos niños pequeños. Barry, a sus cinco años, seguía siendo una rata negra y escurridiza.

Surgieron los problemas económicos en la familia, y ante la perspectiva de mudarnos de casa, llegó a plantearse la idea de sacrificar a los pastores alemanes, pues además ya eran muy viejos. Por supuesto todos nos opusimos, y la idea quedó olvidada inmediatamente.

Carlos, con la casa nueva de Pili y suya casi terminada, quería un perro para ella, y fue a visitar a un tío nuestro en Valencia que cría perros de todas las razas, quien le regaló un mastín color canela de apenas un mes de edad. Era muy bueno, y lo tuvimos en casa, ya que aún era pequeño para estar en la casa de mi hermano solo, pues él aún no vivía allí y sólo iba algún rato; y además el perrito debía estar dentro de casa y recibir cuidado como un niño pequeño. Para eso, nada mejor que mi madre. Por supuesto, la razón más importante es que todos estábamos encantados de tener de nuevo un cachorro en casa, incluso los perros grandes, a pesar de su reticencia inicial. Y Moi entró a formar parte de la familia.

Faltaban un par de semanas para Semana Santa cuando Moi, de dos meses de edad, se puso enfermo. Le llevamos al veterinario y allí dijeron que no parecía tener nada. Sin embargo aprovecharon su visita para vacunarle. Al día siguiente de esto, Moi se encontraba fatal. Le llevamos urgentemente a la clínica veterinaria de nuestra urbanización, que por ser nueva nunca habíamos visitado, y allí el veterinario nos dijo que el perro tenía moquillo. Lo que en principio no tenía por qué haber sido nada grave, empeoró mucho sin duda por culpa de la vacuna que le pusieron unos ineptos, y el perro estaba muy mal. Era angustiioso ver al cachorrito tumbado sobre una toalla en la cocina, tiritando, manchado todo por la diarrea, el pelo de una pata rapado por las inyecciones del veterinario para sacarle sangre o meterle suero, y los ojos vidriosos mientras parecía pedirnos que le quitáramos de una vez ese sufrimiento.

Unos días después el veterinario de Fuente, quien resultó ser un médico y una persona estupenda, se llevó a Moi. Lo tuvo unos días bajo cuidado, con sueros y tratando de que mejorara. El sábado por la mañana parecía sentirse un poco mejor, pero por la noche de nuevo empeoró, de modo que el veterinario le puso una inyección que le haría dormir para siempre. Lloramos todos mucho, pero también respiramos aliviados porque había dejado de sufrir.

El miércoles de la semana siguiente, es decir, a sólo cuatro días del Domingo de Ramos, me despertaron a las dos de la madrugada unos ruidos y voces fuera de casa. Oía hablar a mi hermano Luis y Asunta y otras voces que no identificaba. Lo que pasó esa noche es un poco confuso. Recuerdo que Asunta entró en la habitación diciendo que Wolk había mordido a Wind, que estaba lleno de sangre. Salió de nuevo y entró al poco rato llorando. Wind había muerto. Yo no me atrevía a salir. No quería salir. Me quedé en la habitación a oscuras llorando, sin poder entender del todo lo que había pasado. Esa noche apenas pude dormir, y al día siguiente sentía que me iba a estallar la cabeza. No me concentraba en nada en especial, ni siquiera en la muerte de Wind. Era como si no pudiese aceptar que había muerto, pero cada vez que pensaba en él me ponía a llorar.

Entonces me enteré de lo que había pasado, al menos de lo que creemos que pasó. Mi hermano salió al jardín al oír a los perros ladrar y unos gemidos horribles. En la puerta de la casa encontró a Wolk, que

arrastraba a Wind cogiéndole del pescuezo. Había sangre en el pelo de Wind, que no dejaba de gemir como si se estuviese ahogando. Wolk ladraba a su hermano y le mordía en el cuello, por lo que Luis creyó que le estaba atacando, cosa increíble pues nuestros perros jamás se habían peleado. Asunta y mi madre se levantaron también, y como no sabían qué hacer, llamaron a los guardas de la urbanización, que un momento después estaban en nuestra casa. Pero ellos tampoco podían hacer nada, de modo que avisamos al veterinario, que llegó poco después. Sin embargo era ya tarde. Un momento antes de que llegara Wind murió.

El veterinario le examinó y no encontró en el perro ninguna herida ni señal de pelea. Seguramente le había dado un ataque al corazón y se había ahogado por estar tan gordo. Seguramente Wolk le cogió y le trajo hasta la puerta principal de la casa, subiéndolo por las escaleras y sangrando su boca por el esfuerzo de arrastrar a su hermano.

Todos nos volcamos un poco sobre Wolk al principio, que se notaba triste y poco animado. Barry también lo notaba, pero era diferente. Wolk, más serio que de costumbre, era ya viejo, delicado, y ahora sin su hermano, estaría muy solo.

Pasaron los meses y Wolk empezó a animarse de nuevo. Barry le hacía más caso, pero eran un par de holgazanes y en casa se movían poco. Las escapadas que hacían cuando no nos dábamos cuenta, al sacar el coche de casa por las mañanas, comenzamos a permitirlos. Al fin y al cabo, nunca iban lejos ni hacían daño a nadie, de modo que les dejábamos la puerta de la casa entreabierta y ellos, tras su paseo matutino, volvían a casa y no volvían a salir.

Esa Semana Santa mi madre conoció en Valencia a una mujer que tenía perritos, cruce de setter irlandés con otro, y le ofrecieron uno para Carlos. Lo trajeron a Madrid y también se quedó un tiempo en casa.

Roi era un diablillo con cara de ángel; de color canela, pelo corto y una cabeza demasiado grande. Dicen que los perros cruzados son más despiertos, más listos; eso no lo sé, pero más caraduras y despabilados que ninguno, seguro. Llegó a hartar a Barry en el tiempo que estuvo en casa. Wolk y Barry se acostumbraron enseguida a él, pero era un perro demasiado inquieto, y -como decía yo- de tipo destrozón.

Una mañana le encontré cubierto de blanco, por dormir sobre un paquete de yeso que la noche anterior había destrozado. Arrancaba plantas y hasta algún pinito, y lo traía a las puertas de la casa; llegó a matar la mitad de la preciosa enredadera que ya empezaba a cubrir la fachada, al comerse la raíz.

Por supuesto, cuando Carlos se lo llevó a su casa, con el jardín a medio plantar, no dejó flor, árbol ni planta en su lugar. Mordía las flores, mordía las puertas de madera; en fin, mordía todo lo que se le pusiera por en medio. Eso sí, como perro guardián era un desastre. Jugaba con todo el mundo y, por supuesto, se escapaba cada dos por tres con otros perros. Creció rápidamente y pronto se hizo más grande que Barry. Por su aspecto, delgado, de patas largas y finas, pelo corto y duro y su cabeza fina y alargada, tenía casi el aspecto de un galgo.

Carlos se lo llevó durante el verano y no lo trajo a casa hasta que llegó el otoño, ya que no quería que se le pegaran las garrapatas que, por pasar las ovejas junto a nuestra casa, invadían nuestro jardín y a nuestros perros durante esta época del año.

DICIEMBRE 1994. Barry

Faltaban sólo unas semanas para Navidad cuando tuvimos que llevar a Barry al veterinario porque no dejaba de rascarse un ojo con la pata y se estaba haciendo una herida. El veterinario -el de Fuente, por supuesto-, le curó el ojo y le puso un par de puntos, diciéndonos que en diez días debíamos llevarle de nuevo para que se los quitara. Sin embargo, una semana después haría falta llevarle por algo más grave. Si bien el ojo ya no le molestaba, empezaba a cojear de una pata.

Eso no nos preocupó al principio, pues a veces Barry, en alguna de sus escapadas, se peleaba con algún perro y nos venía sucio, con un arañazo, una pequeña herida, o cojeando. Pero nunca nada serio y pronto estaba perfectamente. Sin relacionarlo con ello, me di cuenta de que sus caídas y peludas orejas no tenían pelo en la punta, y lo mismo le pasaba alrededor de los ojos. Sin embargo, a pesar de que, tal vez no estuviera tan activo como antes, se le veía perfectamente bien.

Llevaron a Barry al veterinario, quien después de examinarlo comentó que era posible que tuviese una enfermedad, una de esas no-sé-qué-nosis que tanto asustan cuando hablamos de perros. Bien, le sacaron sangre para analizarla, y llevaron a Wolk para analizar la suya también.

El jueves antes de Navidad, por fin pude encontrar a Rafa para preguntarle qué noticias tenía del veterinario. Precisamente esa tarde había hablado con él. Por supuesto, me dijo lo que ya esperaba pero no estaba preparada para oír: había que sacrificar a Barry.

¿Cómo puede alguien ser capaz de decidir cuándo debe morir una persona, cuando yo no me veía capaz de poner fecha a la muerte de mi perro?

El día 23 de diciembre por la tarde el veterinario nos hizo una visita. Sólo estábamos en casa Rafa, Antonio y yo. Yo no me enteré de su visita ni de lo que pasaba hasta que, al asomarme al jardín, escuché a mis hermanos hablar en el campo que había tras la casa. Antes de escuchar a Rafa decir algo acerca de hacer un poco más hondo el hoyo, ya sabía que estaban enterrando a Barry junto a la tumba de Wind.

Había esperado poder despedirme de él, haberle acariciado por última vez, haber dado un paseo con él, pero ya era tarde. No volvería a dar otra vuelta en bici con él, ni volvería a jugar a ver quién de los dos subía antes las escaleras de casa; tampoco podría hacer trampas para ganarle. No volvería a escaparse de casa ni volvería a esconderse para que no le bañáramos o a colarse en casa por miedo a los truenos.

Después de haber pasado un día angustioso, tras la noticia de que Barry iba a morir, salí sólo por no pensar en ello. Ahora que ya no estaba aquí, no me lo creía. Es decir, no es que no me lo creyese, es que, sencillamente, no me parecía posible, ni hoy todavía me lo parece, pensar que no voy a volver a verlo, después de estos años, que parecen toda la vida. Y pienso en Barry, y pienso en Wind, y se me hace un nudo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas.

Salí esa noche sin ninguna gana ni ánimo, y no puede decirse que me lo pasara muy bien, pues aunque trataba de no pensar, cada vez que me venía el nombre de Barry a la mente volvía a sentir una ganas terribles de ponerme a llorar. Hasta llegué a pensar que también habían matado a Wolk, pues no le había visto al salir de casa. Sin embargo, encontré al fin la mejor terapia para mi mal cuando, un par de amigos y yo, nos fuimos a dar un paseo a la una de la noche con el perro de uno de ellos, y acabamos hablando de perros. Y yo hablaba de lo que hacía Barry en pasado, como si hiciera tiempo que ya no vivía, lo cual, por un lado, me hacía sentir un poco traidora, pero por otro lado me dejó en un estado de calma y tranquilidad hasta el día siguiente consiguió que pudiera dormir, gracias a Dios, profunda y tranquilamente.

El día 24 se enterarían los que faltaban. Creo que Asunta fue la última en enterarse, al buscar a Barry fuera de casa y preguntar a mi madre dónde estaba Barry, quien al principio no quería decírselo. Yo salí al jardín por la mañana para ver a Wolk, al que habían dejado durmiendo en la entrada de casa. Es extraño, pero hacía tiempo que no le había visto tan animado. Dio la vuelta a la casa, sin duda buscando a Barry, pero no parecía muy extrañado de su ausencia. Al poco rato se detuvo en el campito de baloncesto a escarbar en la tierra. Sin embargo, sé que sabe que pasa algo. Todos le hacemos caso, salimos un rato a jugar con él, nos preocupamos de que duerma caliente, pero ahora está solo y lo sabe. Lo primero que pensé cuando supe que Barry había muerto es que Wolk iba a morir enseguida de pena, y sin embargo se le veía tan serio y sereno, aguantando como siempre.

Esa noche, durante la cena de Noche Buena, Pili me comentó que Roi llevaba una semana desaparecido. Lo primero que pensé, lo primero que se piensa en estos casos, es si le habría atropellado un coche. Dos días después Carlos me dijo que, efectivamente, lo habían atropellado. El vecino con cuyo perro se solía ir Roi se lo dijo a Carlos. Este perro era mayor y acostumbrado a los peligros de la carretera, pero Roi tenía sólo diez meses de edad. Sé que se lo dijeron a mi madre; cuando Carlos vio cómo le sentó comentó que, de haberlo sabido, no lo habría dicho nada. Pili, por supuesto, me dijo que ya no quería un perro, después de Moi y Roi ya había tenido suficiente por un tiempo. Yo no sé si lo sabe alguien más. Prefiero no contarle por si acaso. Pero cuando Carlos me lo dije, yo le comenté:

"En un año se han muerto cuatro perros. Todavía quedan cinco días; recemos para que Wolk no se muera."

Sólo quedan tres días para que termine el año, pero Wolk aún tiene mucho que hacer. Tiene que cuidar de nosotros como siempre cuidó como un hermano mayor de los demás. Y le imagino como siempre, tumbado en lo alto de la escalera, tranquilo pero vigilante, pero tal vez sin ese brillo de antes en los ojos.

Pienso si tal vez se encontrará algún día su tumba junto a la de Barry y Wind, tras el jardín de casa. Me gustaría que fuese así. Aunque nunca me han gustado los cementerios, pues no le veo el sentido a ir a llorarle allí a una piedra; aunque ni siquiera he ido a ver el lugar donde están Barry y Wind, me gustaría que Wolk al morir pudiera estar a su lado. No importa lo que diga la gente, para mí ese lugar, esta casa donde han vivido mis perros, es santa. Pero seguramente nos mudaremos pronto y espero que Wolk siga con nosotros entonces, aunque será muy duro para él cambiar de casa a su edad.

Son hechos todo lo que he narrado, pues me resulta imposible plasmar lo que estos perros han significado para mí. Lo que los he querido yo, lo que me han querido ellos. Los buenos momentos, las risas, los juegos. He necesitado contarle tras este duro año, porque no puedo permitir que con el paso de los años queden en el recuerdo lejano, como me ocurrió con Set. Y si a él, aunque sólo lo tuve dos años y siendo pequeña, aún lo recuerdo bien, cómo podré olvidar nunca a mis mejores amigos, a una parte tan importante de mi familia.

Cómo pueden decir que los animales no tienen alma. Quién puede decir que esos seres maravillosos que llenaron mi vida estos años son inferiores a mí. Desearía conocer lo que siente Wolk, pero sé que, aunque para mí es imposible saberlo, él sí conoce nuestros sentimientos, nuestros pensamientos. Y le veo tan sereno siempre que casi da miedo. Es como el ángel guardián de mi familia. No podría explicar lo que siento cuando le miro, pero creo que cualquiera que le mire como yo notará esa fuerza que hay en él, ese algo que algunas personas tienen tan grande que cualquiera puede verlo, y que es su alma.

Para Wolk, Wind, Barry, Moi, Roi, Set, y todos los que, como ellos, nos enseñan que dar es siempre mucho mejor que recibir.

Para mis amigos (Perros) II pendiente

Wolk
Yell
Curro

(Aún me queda mucho por contar, y algún día lo haré. Lo prometo.)

Para mis amigos (Perros) III

1995 - 1997

SEPTIEMBRE 1995. Pancho

En efecto Pancho, desde su llegada al hogar de los Olmedo Soler, se vio saturado de cariño, visitas al veterinario, buena y controlada alimentación y mi atención constante.

En una de sus primeras visitas al veterinario, éste se interesó por algo que yo ya había notado en el ojo derecho del perro pero no quise dar importancia. Tenía un pequeño quiste que podía hacerse mayor y peligroso si no se operaba al perro cuanto antes. ¡Operar! Eso sonaba terrible, pero yo me había vuelto una hipocondríaca en lo que a animales se refiere y seguiría las instrucciones del veterinario al pie de la letra.

De modo que un viernes, mientras yo pasaba un día terrible en el trabajo pensando en el perro, mi madre se lo llevaba a operar y tras una rápida intervención volvía a traerlo a casa, con las indicaciones del veterinario de que no debía dejar que se rascara y que la anestesia podía dejarle atontado el resto del día. Y cuando por fin llegué a casa, ¡le habría matado! Con lo mal que yo lo había pasado por su culpa, ahí estaba Pancho: feliz y animado, sin molestia ninguna en el ojo ni efecto visible de la anestesia.

En fin, el ojo curó rápida y completamente y Pancho siguió creciendo y haciéndose cada vez más bonito. Porque aunque a mí no me lo parecía, todos parecían de acuerdo en que Pancho, de pequeño, era bastante feo. Pero en unos cuantos meses se convirtió en un excelente perro, del tamaño de un pastor alemán con algo de alsaciano que le daba un cierto aire de lobo; de color entre canela y oscuro, patas grandes, orejas altas y ojos pardos. Su aspecto juguetón dio paso tras un año a un aire mucho más serio e imponente, que le valía miradas desconfiadas de los mayores y piropos de los niños tales como "vaya pedazo de perro".

Como buen Olmedo, Pancho pronto aprendió muchos trucos, entre ellos a apropiarse del cuartito de la cocina para dormir, no sólo durante las noches frías de invierno, sino después durante el resto del año. Pero era educado y obediente, y si bien asomaba por la puerta el hocico siempre que nos escuchaba en la cocina, no pasaba de allí sin permiso. Si en algún momento se colaba, bastaba un enérgico "fuera" para que saliera rápidamente de casa. Pero cuando estaba yo sola en la cocina de noche, me encantaba dejarle pasar, ya que se tumbaba en la alfombra junto a mí sin moverse para nada, a no ser que a mí me diera por comenzar una de nuestras persecuciones alrededor de la mesa, en la que al final ninguno sabía quién estaba persiguiendo a quién.

Y esas persecuciones se repetían siempre que teníamos oportunidad, es decir, siempre que tuviéramos algo alrededor de lo cual dar vueltas: las sillas del jardín, las mesas de casa, y sobre todo, mi coche.

¡El coche y Pancho! Era digno de verse. Pocas veces he visto perro al que le gustara tanto un coche. Bastaba abrir el maletero de mi AX para que Pancho se colara en él de un salto, sin importarle siquiera que la bandeja del coche estuviera puesta. Así que yo me lo llevaba a cualquier lado: a la iglesia, a la casa de mi hermano Carlos en Soto del Real, y en una ocasión a Valencia.

Era la primera vez que llevaba a un perro a Valencia desde que Barry visitó la playa hacía más de cinco años. Afortunadamente era septiembre, por lo que no quedaba mucha gente en el Mareny Blau, lo cual habría sido un problema ya que a Pancho le gustaba mucho lo de escaparse de casa a "explorar". En efecto se escapó varias veces; se largaba por las dunas, hacia el edificio Barlovento, donde había conocido un perro pequeño con el que jugar, y cuando se aburría o sentía la llamada del estómago, regresaba a casa tan campante.

Los paseos por la playa con los que yo soñaba en Madrid se complicaron un poco. En su primera visita a la playa, y al ver acercarse la primera ola hacia él, salió corriendo hacia las dunas y desde entonces no conseguí que se acercara más al agua. De modo que en nuestros paseos yo hundía los pies en el agua salada y él sus patas en las dunas.

En Fuente del Fresno nuestros paseos también estaban llenos de aventuras, tanto cuando íbamos en coche como andando. En los breves trayectos en coche a la iglesia, tanto Pancho como yo disfrutábamos y se portaba tan bien que lo mismo le dejaba ir en el maletero que en el asiento trasero, y una vez que llevaba el maletero lleno de comida, en el asiento del copiloto. En muchos de estos pequeños viajes yo aprovechaba para visitar a mi amiga Pepuca. Entonces Pancho, que tenía que dejar en la calle, se sentaba junto a la puerta del jardín y no se movía hasta verme aparecer. Y en el regreso a casa, le sacaba del coche y le dejaba correr detrás de mí.

El problema lo encontraba cuando por las mañanas cogía el coche para ir a trabajar, ya que a mi hermana se le escapaba casi siempre, y como yo salía poco después que ella, me tocaba ingeniármelas para que el perro me dejara marcharme. Para ello tenía varios trucos: Uno de ellos era dar un acelerón con el coche para dejar al perro unos metros detrás, y dar la vuelta a la manzana; cuando volvía a pasar por casa el perro ya estaba cansado y se quedaba allí. También podía abrir el maletero del coche con lo que Pancho venía corriendo hacia mí, y cuando estaba a mi lado le agarraba y llevaba a casa. Lo importante era no dejar que se colocara delante de mi coche, ya que ahí se quedaba quieto y no había quien le moviera.

En los paseos "a pata" Pancho iba suelto, ya que no le gustaba perderme de vista, por lo que nunca se alejaba demasiado. Sólo en la calle principal hacía falta cogerle con la correa, ya que este perro tonto parecía creer que la calzada estaba hecha exclusivamente para su paso.

A nuestros paseos se unió pronto el vecino, un pastor alemán llamado Roco de la misma edad que Pancho, con el que pronto entabló una gran amistad. Los dos perros se hicieron grandes amigos y se pasaban el día juntos. Roco se "abrió" dos puertas en la verja de su casa: una en la esquina que daba al campo y por la que salía siempre que veía a su amigo Pancho en la calle; la segunda puerta daba directamente a nuestra casa, y le permitía salir y entrar cuando quería a jugar con su amigo.

Pronto dejó de importarme que Pancho se escapara, ya que iba con su amigo y a ninguno de los dos les hacía falta alejarse mucho de casa ya que había muchos perros en la vecindad a los que ladrar.

Sólo en una ocasión me asustó su ausencia. Había ido a pasear con el perro por El Coto, al final de la urbanización, y cuando yo me volví a casa dejé a Pancho con mi padre, que llegaba entonces al paseo. Un rato después llegó a casa diciendo que el perro había salido corriendo detrás de un caballo y que luego no había vuelto. Salimos a buscarle pero tras recorrer El Coto de un lado a otro tuvimos que volver a casa sin él. Mi primo Álvaro, que pasaba un fin de semana en casa, fue a buscarlo en bici y lo encontró a mitad de camino. Había tratado de volver a casa pero se había despistado por un camino que no conocía y había terminado tumbándose en la acera a descansar.

ENERO 1996. Chispa

En diciembre del 95 habían detectado al padre de Laura, novia de mi hermano Rafa, un grave cáncer de estómago que debía ser operado inmediatamente. La madre de Laura había muerto siendo ella pequeña, y ahora que sus hermanos estaban ya casados, ella vivía sola con su padre Pablo y con una perra llamada Chispa.

Chispa era una perra pequeña, mestiza, de los colores oscuro y marrón de pastor alemán; ojos saltones, hocico puntiagudo y cuerpecito rechoncho de patas finas, a la que con todo el cariño del mundo la apodararía "ratita".

La verdad es que no era una perra especialmente bonita, pero sí muy cariñosa. Al fin y al cabo era una perra de ciudad, casera y muy mimada, a la que le gustaba dormir en el sillón, comer de todo menos pienso, y recibir mucha atención. Según nos dijo Laura, cuando conocieron a Chispa siendo un cachorro, ésta había sido maltratada y se encontraba muy mal, por lo que la perra era bastante desconfiada con los extraños, y principalmente con los hombres.

Mientras su padre estuviese en el hospital ni Laura ni sus hermanos podían hacerse cargo de cuidar a la perra, por lo que nos ofrecimos a cuidarla el tiempo que hiciera falta, y sin pretenderlo Chispa entró a formar parte de la familia Olmedo, para siempre.

A pesar de la operación no cabían muchas esperanzas sobre la salud de Pablo. Aconsejados por los amigos y queriendo quitarle al padre la preocupación de dejar a Laura sola, ella y Rafase casaron, tras 9 años de noviazgo, el 26 de julio de ese mismo año.

Al primer comentario acerca de llevarse a la perra y pedir a algún amigo que se hiciera cargo de ella, la respuesta de casa y en especial de mi madre, fue rotunda: Chispa se quedaba con nosotros.

El padre de Laura murió en septiembre, precisamente en la noche de la boda de mi hermano Carlos con Pili.

Pancho y Chispa se llevaban bien, ya que Pancho era en el fondo muy sociable, y Chispa estaba demasiado mimada para sentirse celosa. Al fin y al cabo, ella dormía en casa, normalmente a los pies de la cama de mi hermana Pilar, o si había suerte en la de mis padres. Pasaba las tardes en el salón rodeada de gente y tenía un lugar de honor sobre las piernas de mi madre. Comía todo lo que quería y más - pese a las riñas del veterinario - y para colmo era el centro de atención de todos los perros de los alrededores.

Pancho mientras seguía durmiendo en su cuartito de la cocina, devorando el pienso - y algo más -, viajando en coche conmigo y pasándoselo en grande cuando iban de paseo en pandilla él, Roco, Chispa, y cualquier otro perro que se les uniese.

El único problema que tenía Chispa era la desconfianza inicial que le inspiraban los hombres, supongo que debido a los malos tratos recibidos de pequeña. A Andrés, el novio de Asunta, le tenía especial rabia. Seguramente al conocerla le hizo rabiar y por ello ahora no conseguía ganarse su confianza. Era por tanto fácil saber cuándo Andrés venía a casa porque desde antes que su coche terminara de aparcar la perra ya estaba junto a la puerta ladrando histérica. Una vez entraba Andrés en casa, a la perra le daba bien por esconderse debajo de alguna cama, bien por seguirle allá donde fuera, siempre a un par de metros de distancia prudencial, para tenerle controlado. Pero como ya he explicado Chispa era una perra un poco rara, y a veces en su afán de mimos parecía olvidar su desconfianza y se pegaba a Andrés para que la acariciase. Aunque aún entonces ella le observaba recelosa.

Para guardar la casa pocas parejas más efectivas he visto que a Chispa y Pancho: en el momento en que alguien se acercaba a la puerta del jardín, los frenéticos aullidos anunciaban la aparición del enorme Pancho en lo alto de la escalera. Otra cosa es cuando la puerta de la casa se abría y se descubría a la pequeña autora de los ladridos, mientras Pancho salía corriendo a la puerta, moviendo la cola feliz de recibir invitados.

JULIO 1997. Mau

Hace varios años que nuestra casa estaba en venta y casi un año desde que se la había quedado el banco. Desde entonces había estado buscando casa y por fin a primeros de junio la encontramos. En la urbanización Santo Domingo, a sólo cinco kilómetros de Fuente del Fresno: eso significaba que a pesar de mis temores, no tendría que dejar mis catequesis, ni el coro de la iglesia, ni alejarme de los amigos, ni alejar a Pancho de su amigo Roco, al que pretendía ir a visitar a menudo.

Siguiendo la tradición familiar, nos dimos una paliza brutal y en menos de un mes, sin más ayuda que la furgoneta de un amigo, hicimos la mudanza, montamos hasta los cuadros de la casa, y comenzamos a vivir en nuestra nueva casa.

Ninguno de los perros parecía tener problemas con el cambio y la adaptación al nuevo entorno. En su primera visita Pancho recorrió el jardín oliendo cada esquina, como si ya supiera que esa iba a ser de ahora en adelante su casa, y Chispa encontró enseguida nuevos lugares donde seguir viviendo como una reina. Tenía la butaca de mi madre o los sillones de al lado, según en qué rincón de éstos le colocáramos su toalla azul; y tenía las camas. Los dormitorios de mis padres y de las tres hermanas daban al mismo pasillo, lo cual a la perra le venía muy bien. Dormía casi todas las noches en la cama de mi hermana Piluca, y cuando ésta se levantaba por las mañanas, iba en busca de la siguiente cama, que solía ser la de mis padres.

La casa sólo tenía un problema: al contrario que la casa de Fuente, situada en una calle muy apartada y con el campo a la espalda, esta casa se encontraba junto a la calle principal y rodeada por otras casas; había una amplia explanada de terreno para pasear con el perro, pero para ello había que cruzar la calle. El mayor problema era que la puerta era de manivela y fácil de abrir por Pancho; por ello mi padre propuso poner una valla de modo que el perro no pudiera pasar a la parte delantera de la casa y yo pensé en poner una cuerda fácil de atar y desatar en la puerta para que aún empujándola, Pancho no pudiera abrirla.

Lo pensé, pero no lo hice a tiempo.

El pasado viernes 18 de julio Pancho desapareció. Después que Piluca se fuera a trabajar, el perro abrió la puerta con las patas como ya sabía hacer muy bien y se escapó. No era la primera vez que lo hacía, y por ello no me preocupé demasiado cuando salí para ir a trabajar y me encontré la puerta abierta. De Pancho no había rastro, pero supuse que estaría en la obra de la casa de enfrente, y me fui a trabajar sin darle más vueltas al asunto.

Desde entonces no sabemos nada de él.

El veterinario fue avisado y avisados los guardas de la urbanización. Desde entonces he recorrido mi nueva urbanización, he pasado varias veces frente a mi antigua casa y hasta he tenido ocasión de preguntarle a Roco si ha visto a su viejo amigo. El veterinario opina que no fue robado y yo tampoco lo creo; seguramente se extravió en una de sus escapadas por un lugar nuevo y desconocido para él. Si volverá, eso nadie lo sabe. Desde la desaparición de Pancho muchas personas me han contado historias de perros que vuelven a su casa pasado un tiempo: de momento el récord está en año y medio, aunque yo he leído en el periódico historias que duraban mucho más.

El caso es que nadie sabe nada; y yo no sé si está bien o ha tenido algún percance, si ha muerto o sigue vivo, si volverá algún día. He pasado de pensar que "cuando vuelva le voy a matar por lo que me ha hecho sufrir" a hablar a su fotografía, esa en la que me mira desde el maletero del coche. Una fotografía que tengo en la mesa de mi habitación y en la pared de mi oficina, y cuya fotocopia colgó

durante un tiempo en el cristal del coche con el rótulo "perdido". Este cartel sigue todavía en el coche, tirado en el asiento de atrás. Algún día me desharé de él; tal vez cuando mi próximo perro ocupe de nuevo el maletero del coche y ocupe en mi vida un papel tan importante como el que Pancho ganó.

Recuerdo que era sábado por la mañana. Desde la sombra de la terraza trataba de mitigar el calor que hacía, y me disponía a escribir unas cuantas líneas sobre las preocupaciones trascendentales de mi vida.

A las primeras dos palabras dejé el bolígrafo porque el escarabajo entraba por la puerta. Me refiero por supuesto al coche azul oscuro de Asunta y Andrés. Y con ellos, cubierta por completo de suciedad y gimiendo sin parar, llegó Mau. De hecho Asunta la llamó así porque desde que la encontró hasta mucho después la gata no dejó de maullar.

Según nos contó Asunta, venían de Madrid cuando el coche se paró a la altura de Antena 3, aunque no sabían por qué y el coche volvió a ponerse en marcha enseguida. Pero mientras lo revisaban escucharon unos lastimeros maullidos que les llevaron a un gatito blanco, cubierto de una capa gris de contaminación por los coches y el asfalto, que parecía atrapado junto a la calzada. Debía llevar allí un par de días, y estaba delgado y seguramente deshidratado. Por supuesto tenían que traerlo a casa.

Era casi medio día así que no dudé en llevarme rápido el gato al veterinario o no habría podido hacerlo antes del lunes. Allí me explicaron que era una gata de aproximadamente mes y medio, que en efecto estaba deshidratada y desnutrida pero bien de salud, y que si el lunes yo no le había encontrado hogar, podía llevárselo y ellos la llevarían a una residencia de animales.

El par de días se convirtió en casi un mes en que los Olmedo tratamos de buscarle un dueño; pero nadie la quería y además tenía el inconveniente de ser hembra. En casa hablamos de quedárnosla, y ni siquiera a Chispa parecía incómoda por tener un gato en casa, que encima era más pequeño que ella. Pero había dos problemas: Primero, descubrimos que además de mi alergia por los gatos - a la que por cierto nunca hice caso -, se tenía que sumar la alergia de mi hermana Asunta y de mi madre. Pero lo más importante es que mi madre me dijo que si nos quedábamos con Mau no cogeríamos otro perro, y yo prefiero un perro; necesito un perro. Y si Pancho volviese algún día, sería más fácil para dos perros que para un gato y un perro grandes trabar amistad; y fue sobre todo pensar en Pancho lo que me hizo decidirme.

El siguiente problema era qué hacer con la gata. Yo pretendía dejarla en el veterinario, quien me había dicho que la residencia donde dejaban a los animales no los mataban. En casa decían mis hermanos que no, porque seguro que al final sí la acabarían matando. Pero yo habría hecho lo posible por ella y la habría dejado en un buen sitio donde la tratarían bien. Y egoístamente pensaba que lo que pasase después no sería responsabilidad mía. Pero no, mis hermanos se empeñaron en que al veterinario no, aunque nadie movió un dedo por llevarla a otro sitio, así que me tocó a mí.

Aún hoy siento que fue una de las peores noches de mi vida la de aquel primer viernes de octubre. La metí en un capazo y con él en el maletero de mi coche. Me fui a Fuente y los diez minutos que tardé en llegar a nuestro destino se hicieron eternos, escuchando los maullidos de la gata y tratando de recordar por qué no me podía quedar con ella. Y cambié de opinión muchas veces, la última cuando ya me encontraba con el coche aparcado junto al descampado donde pretendía soltarla. Se trataba de una zona de campo abierto junto a una casa cuyos dueños conocía y cuyo jardín estaba lleno de gatos. Esperaba que la gata supiera encontrar el camino a la casa y que fuera acogida por los otros gatos.

Me sentía tan mal por lo que iba a hacer que decidí en el último momento llevármela de nuevo a casa y dejarla al día siguiente en el veterinario; pero al abrir la puerta y tratar de cogerla en brazos para acariciarla, Mau salió del coche de un salto y se puso a olisquear las plantas del campo. Entonces me decidí y volví a meterme en el coche. Me costó sin embargo un gran esfuerzo arrancar, comenzar a alejarme viendo a la gata junto al camino y durante todo el camino de regreso estuve queriendo volver.

Pero no lo hice esa noche sino a la noche siguiente. Mau ya no estaba por allí y al pasar junto a la casa de los gatos vi una pequeña sombra blanca en el jardín, y quise creer que era ella.

Sé que le irá bien porque los gatos saben arreglárselas muy bien solos y Mau es una gata lista; pero aún así me siento culpable por haberla "abandonado". Y de vez en cuando al pasar junto a la casa miro si hay algún gato blanco con una mancha marrón en la cola, pero no. Desde esa noche no he vuelto a saber nada de Mau.

Para mis amigos (Perros) IV pendiente

SEPTIEMBRE 1997

La Asociación Nacional de Amigos de los Animales (ANAA) tenía una residencia de perros en la vieja carretera de San Agustín del Guadalix a Colmenar. Yo había oído hablar tanto de esta asociación como de la residencia, pero no la conocía personalmente.

Fui por fin un sábado con mi hermana Piluca, para ver cómo era, ver los perros que tenían allí y tal vez encontrar alguno que más tarde pudiera ir con mis hermanos a recoger.

Yo siempre pensé que de mayor, cuanto tuviera mi propia casa, cogería perros en las perreras. Perros mayores de que nadie quiere, perros que a mí no me importaba adoptar. Nunca había estado en una perrera, pero me las imaginaba como un edificio con una sala llena de jaulas colocadas en fila, sucio, maloliente, con un caos de ladridos y perros mostrando los dientes desde sus jaulas; y sobre todo sin visitantes.

Por ello la asociación me causó tan buena impresión. Varias chicas jóvenes daban la bienvenida a todo el que entraba en el recinto y le acompañaban a ver los perros y explicarles todo lo necesario sobre los animales y la residencia. Con las obvias limitaciones económicas para mantener las construcciones de la residencia, estaba llena de buenas intenciones. Salvo por un pequeño edificio donde seguramente tendrían una oficina y clínica, el resto de estba al aire libre.

Hugo
Cuca
Tofi
Linda
...

(Aún me queda mucho por contar, y algún día lo haré. Lo prometo.)